

LA VIGENCIA DE **LA PATRIA GRANDE** DE SIMÓN BOLÍVAR

Alfonso López Araujo

Son muchos los pensadores y políticos de profesión que, a partir del pensamiento y la frase del Libertador Simón Bolívar: “Para nosotros, la Patria es América”, han escrito y hablado de América como la *patria grande*. Y es que, en efecto, Latinoamérica es una de las grandes naciones naturales del mundo. Empleo el calificativo de “natural” por el lenguaje común, la cultura, las raíces étnicas, la religión y el asentamiento en un territorio continuo, al que no le dividen infranqueables barreras físicas.

Lo que ha sucedido es que a esta nación natural se la ha dividido artificialmente en Estados que, desde su nacimiento, han tenido relaciones en ocasiones desagradables entre sí (¿no pasa eso a veces entre hermanos?) que los han llevado a poner en marcha costosas carreras armamentistas que han atentado contra su desarrollo económico y producido una cierta desconfianza hacia sus vecinos.

América Latina todavía tiene una agenda económica social pendiente de resolver, pues en décadas pasadas las crisis financieras y la deuda externa fueron los factores que, al responder a intereses foráneos a la región, de una manera perversa, hicieron que sus países enfrentaran momentos difíciles, mismos que hasta la actualidad demandan un arduo trabajo para enmendar dichas situaciones y enfocarnos en un nuevo rumbo para alcanzar el bienestar. Claro, siendo como es Latinoamérica una de las regiones potencialmente más ricas del planeta, resulta una paradoja el porqué de la subsistencia de tales problemas.

La integración latinoamericana es una necesidad ineludible y un objetivo imprescindible para la realización de nuestros pueblos. Pero esto no es ninguna novedad, ya desde la década del 60 del siglo pasado se habla y se hacen esfuerzos por tratar de alcanzarla, lo que al propio tiempo nos demuestra lo difícil que es lograrla. Los esfuerzos han sido numerosos. Me atrevería a decir que los éxitos han sido escasos. Recordemos a la ALALC, hoy ALADI; al Pacto Andino, hoy Comunidad Andina de Naciones; al MERCOSUR; al Mercado Común Centroamericano; a UNASUR y a la reciente creación de la CELAC. Todos esfuerzos válidos y muestra de que la voluntad política existe. La hermandad entre nuestros pueblos, que es real y no artificialmente creada por políticos o literatos de ficción,

exige un esfuerzo aún mayor para que podamos, junto con Simón Bolívar, repetir: *Para nosotros, la patria es América*.

El escenario es más grande y visionario para mi Gobierno y es por eso que no solamente nos referimos a la integración económica y comercial, sino a la integración social y cultural, que son la base de nuestra hermandad. Pero hagamos un esfuerzo en comprender el pensamiento del Libertador.

Hay una frase, de autor anónimo, que dice que existen hombres hierro y hombres imán. De este hombre imán, Simón Bolívar, se ha escrito y se ha dicho mucho respecto de sus dotes de guerrero, de político, de estadista visionario, de gran líder de masas (como todo hombre imán) y hasta de su vida privada y amorosa. Por contraste, muy poco o casi nada se ha hablado respecto del espectro de su pensamiento económico. Se ha creído que, al centrar la atención en su ideal integracionista, pilar de su pensamiento político, se cubría esta faceta del Ilustre Caraqueño. Sin embargo, poca atención se ha otorgado a su pensamiento en materia de política monetaria y crediticia; sobre la industria y la agricultura; sobre la explotación de recursos naturales; por no señalar sino unos pocos temas.

La tesis integracionista fue muy claramente expresada y desarrollada por el Libertador Simón Bolívar, al que también podríamos dar el título de Padre de la Integración Latinoamericana. Si bien otros pensadores y hombres de acción, entre ellos, don Francisco de Miranda, creyeron antes que el Libertador en la necesidad de la unión de nuestros pueblos, Bolívar expuso con claridad la esencia y validez de su contenido y, lo que es más importante, se esforzó hasta su muerte por llevarla a la práctica. El concepto integracionista de Bolívar se basa en tres pilares: la necesidad defensiva, la seguridad de un desarrollo autónomo y la igualdad entre los pueblos. Veamos cada uno de éstos:

La necesidad defensiva

Bolívar busca la unión como un medio para asegurar la independencia. En efecto, era la más realista de las posiciones estratégicas. Si España había dividido para dominar era, en consecuencia, necesario unírnos para

América Latina todavía tiene una agenda económica social pendiente de resolver

evitar el ser dominados. “Yo deseo más que otro alguno ver formar en la América la más grande nación del mundo, menor por su extensión y riqueza que por su libertad y su gloria”, meditaba en la Carta de Jamaica.

A los soldados de Urdaneta, en 1814, proclama: “Para nosotros, la Patria es América”. En 1818, en su mensaje a los habitantes del Río de la Plata, les invita a formar “una sola sociedad, para que la divisa sea Unidad en la América Meridional”. A Juan Martín de Pueyrredón, Director Supremo de las Provincias Unidas del Río de la Plata, le dice: “La América así unida podrá llamarse la reina de las naciones y la madre de las repúblicas”. En 1821, al General Agustín de Iturbide le confía: “En la desgracia, la suerte nos unió; el valor nos ha unido en los designios; y la naturaleza nos dio un mismo ser para que fuéramos hermanos”. A los chilenos, convencido de las ventajas de la integración, les dice: “El día de la América Latina sólo llegará cuando se integre en una sola nación”. Como él mismo lo menciona, se contaba con la ventaja de “un origen, una lengua, unas costumbres y una religión”. Es decir, la misma ventaja con la que contamos ahora.

La seguridad de un desarrollo autónomo

En la primera mitad del siglo XIX, una América independiente pero atomizada era, indudablemente, presa fácil del caos económico, del subdesarrollo y de un estado de inseguridad exterior. No existe país en el mundo que pueda sentirse seguro dentro de sus fronteras, especialmente al salir de una larga y agotadora guerra de independencia, si se sabe pobre y débil. Era, por lo tanto, imprescindible contrarrestar esa situación mediante la unidad. Y ese era el pensamiento del Libertador. Pedro Gual, por instrucciones de Bolívar, escribía que: “Es necesario que la nuestra sea una sociedad de naciones hermanas, separadas por ahora por el ejercicio de su soberanía por el curso de los acontecimientos humanos, pero unidas, fuertes y poderosas para sostenerse contra las agresiones del poder extranjero”.

Es que, en efecto, no es ficción el creer que la integración solucionará el problema de la independencia efectiva de la región, favoreciendo su desarrollo autónomo. Si pensáramos, no ya en un grupo de naciones, unidas más o menos por intereses políticos comunes, sino en una Gran Unidad, movida por una sola fuerza, sustentada por toda la riqueza de nuestra naturaleza privilegiada y la inteligencia de nuestros hombres, podríamos vislumbrar un nivel de lucha diferente al actual, frente a potencias o intereses extraños.



Ya no seríamos países aislados compitiendo con gigantes; ya no serían pequeños mercados absorbidos por la producción extranjera; ya no habría el calamitoso intercambio de materia prima barata con manufactura cara. Empezaría el convivir de potencia con potencia, en un plano de igualdad antes no experimentado. Y se crearía, además, una conciencia continental, tan indispensable en nuestros días.

Recordemos, también, que cuando la unidad está presente es más fácil la defensa de un derecho. A manera de ejemplo, me permito destacar la que, en su momento, fue considerada una actitud romántica y nada pragmática del Ecuador, Perú y Chile cuando, el 18 de agosto de 1952, suscribieron en Santiago la histórica Declaración que lleva su nombre y a la que más tarde adhirió Colombia, por la que proclamaron la tesis de las 200 millas de mar territorial. La firme actitud de los países suscriptores de la Declaración de Santiago logró que dicha tesis cobrara cuerpo en la comunidad internacional y hoy, la Convención de las Naciones Unidas sobre el Derecho del Mar reconoce que los Estados ribereños tienen amplios derechos de soberanía sobre los recursos existentes en las 200 millas, en contraste con las tesis clásicas que decían que el mar era “res nullius”, es decir, sin dueño, o “res communis”, es decir, de todos. Por algo, alguna vez un pensador dijo que toda verdad empieza por ser una herejía.

La igualdad entre los pueblos

En el contexto de la tesis de la equidad universal entre los pueblos del mundo, Bolívar era un firme convencido de que los pueblos americanos, hermanos de sangre, idioma, costumbres, religión y cultura, debían llevar adelante una integración latinoamericana para los latinoamericanos. Dicho en otras palabras, que los beneficios de la integración estén dirigidos fundamentalmente hacia sus actores, los pueblos de la región. “El nuevo mundo –anhelaba Bolívar– se constituiría en naciones independientes, ligadas todas por una ley común que fijase sus relaciones externas. El orden interno se conservaría intacto entre los diferentes Estados y dentro de cada uno de ellos. Ninguno sería débil con respecto al otro, ninguno sería más fuerte. Un equilibrio perfecto se establecería en este verdadero nuevo

orden de cosas. La diferencia de origen y colores perdería su influencia y su poder. La reforma social, en fin, bajo los auspicios de la libertad y la paz”.

Es indudable y, por cierto, natural, que el pensamiento del Libertador sobre el desarrollo americano se confunda con el razonar defensivo, pensamiento que, hasta cierto punto, todavía tiene validez. Si la realidad de América Latina ha sido la existencia de una economía de dominio de la periferia hacia el centro, utilizando la terminología de Raúl Prebisch, la estrategia para la superación de esa realidad debe estar orientada hacia propósitos de defensa, es decir, soluciones propias, respaldadas con todo el uso de los recursos disponibles y, lo que es fundamental, para provecho propio.

Permitidme decir unas palabras sobre la actitud que mi país, el Ecuador, ha tenido y tiene sobre la Integración Latinoamericana. Es indudable, y así lo puedo afirmar, que el pensamiento de Bolívar se proyectó a todo el pueblo del Ecuador y se encarnó en el sentir de eminentes hombres públicos ecuatorianos, desde la iniciación de nuestra vida como Estado.

En 1847, es decir, 17 años después de la desmembración de la Gran Colombia y de que el Departamento del Sur se convirtiera en la actual República del Ecuador, José Fernández Salvador, en su calidad de Ministro del Interior y de Relaciones Exteriores, decía en su exposición al Congreso: “Séame permitida esta exposición por los vínculos que ligan a las Repúblicas sudamericanas que, rota ayer la unidad en la que vivieron por más de tres siglos, son impulsadas por la naturaleza, por la religión, por el mutuo interés y por la identidad de usos y costumbres, a conservar y estrechar la amistad y benevolencia necesarias para su estabilidad y progreso”.

Este norte ha sido siempre seguido por el Ecuador, que ha participado activa y entusiastamente en cuanto proceso de integración y cooperación ha visto luz en nuestro Continente. En el actual Gobierno, esta meta es de fundamental importancia, tanto que el artículo 416, numeral 11, de la Constitución de la República del Ecuador, señala que el Ecuador “Impulsa prioritariamente la integración política, cultural y económica de la región andina, de América del Sur y de Latinoamérica”.

Bolívar no sólo pretendió una Patria para los latinoamericanos, que les provea un digno presente y les asegure un mejor futuro; sabía, además, que no puede existir una auténtica independencia política si no se da una verdadera independencia económica. Por ello, denunció los peligros de un comercio desigual, los

El concepto integracionista de Bolívar se basa en tres pilares: la necesidad defensiva, la seguridad de un desarrollo autónomo y la igualdad entre los pueblos

créditos externos y las relaciones con los poderosos, fenómenos que tiene mucho que ver con nuestra dependencia económica. Pero, además, sabía que era necesario preparar al elemento humano que sustente y de vida a esa independencia económica. Lo esencial era romper la esclavitud colonial y sembrar luz: hacer ciudadanos conscientes y patriotas, redimidos por el trabajo, la justicia y la educación. Por ello, uno de sus principales encargos al Congreso de Angostura fue la de prestar especial atención a la educación del pueblo libre.

Cuando ya la empresa libertadora culminó y los Estados se organizaron con sus propias leyes y esfuerzos económicos, Bolívar desplegó entusiastamente, hasta donde la fue posible, la cultura del pueblo por medio del establecimiento de escuelas primarias, colegios y universidades. Mientras traía al gran pedagogo inglés José Lancaster, para que prepare maestros primarios en escuelas normales establecidas en Caracas, Bogotá y Quito, en el Perú creaba colegios y encargaba a su ex maestro Simón Rodríguez que vaya a Bolivia a ejercer su revolucionario magisterio. Juan Montalvo, el gran polemista y escritor ecuatoriano solía decir: “La verdadera sabiduría no consiste en saber mucho sino en tener fácil comprensión para las cosas”.

El General Simón Antonio de la Santísima Trinidad Bolívar y Palacios, que abandonó este terrenal mundo a la temprana edad de 47 años, no sólo sabía mucho, pues su educación había sido esmerada, sino que, además, tenía una fácil y natural comprensión para las cosas, especialmente cuando éstas se referían a la América, *su patria*. Por ello, y aunque el Libertador no era afecto a los elogios, permitidme terminar repitiendo las palabras que José Enrique Rodó le dedicara: *Grande en el pensamiento, grande en la acción, grande en la gloria, grande en el infortunio, grande para magnificar la parte impura que cabe en el alma de los grandes y grande para sobrellevar en el abandono y en la muerte la trágica expiación de la grandeza.* ■

Alfonso López Araujo. Diplomático y escritor ecuatoriano. Actual Embajador del Ecuador en México. Ha desempeñado, entre otras funciones, el cargo de Embajador de su país ante el Reino de Suecia, con concurrencias en Dinamarca, Finlandia, Noruega, Estonia, Letonia y Lituania; Embajador en Hungría e Indonesia. Es autor de varios artículos en materia internacional y en el año 2009 publicó el libro *La Migración Internacional: su tratamiento unilateral, bilateral y multilateral en la actualidad*. Autor de la novela *El enigma del topo*, publicada en 2011.